

## EVOCACIÓN DE UN MAESTRO. D. ÁNGEL GONZÁLEZ ÁLVAREZ

por *Manuel Pérez Barreiro*

Hablar de personas con las que se ha vivido en cierta intimidad es remover los sillares de un muro sagrado que integra lo perenne de una existencia. A veces, sin embargo, hay que hacerlo por la sencilla razón de que cada uno de nosotros, por no ser producto exclusivo de sí mismo, tampoco tiene derecho a negar su grano de arena en favor de quienes cooperaron en la tarea de su formación personal y social.

La divina Providencia me ha regalado el tesoro de tratar de cerca muchas personas. Entre los influjos que más huella han dejado en mi alma ocupa un lugar destacado el trato con don Ángel González Álvarez, q.e.p.d., catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid desde 1954, de quien puedo decir muy poco si se compara con lo mucho que de él se puede afirmar.

Lo primero que recuerdo, años 46-50, es el eco de su fama que se extendió por las aulas de la Facultad de Filosofía de Universidad Pontificia de Salamanca a causa de los destellos que irradiaba desde la Universidad de Murcia y, más tarde, con ocasión de su oposición a la cátedra de Metafísica a la Universidad de Madrid. Estos detalles despertaron en mí vivos deseos de conocer su obra y su persona.

El trato directo no lo logré hasta finales de la década 50-60 en que hube de matricularme en la Universidad de Madrid para convalidar los estudios filosóficos-eclésiástico-salmantinos, realizar los cursos del doctorado civil, preparar la tesis doctoral y participar en el Seminario de oposición a cátedras... En los sucesivos encuentros me impresionó la sencillez de su trato, la profundidad y precisión de sus explicaciones, la seriedad de sus clases, el respeto a sus alumnos, la humanidad con que atendía y contestaba nuestras preguntas, la escrupulosidad con que nos avisaba de las posibles ausencias y en medio de todo, la confianza que reinaba en el trato mutuo.

Terminada mi estancia convalidatoria, accedí a los cursos del doctorado y a la preparación del trabajo de investigación cuya dirección se dignó aceptar. En este nuevo período me atendió siempre con diligencia y esmero; si bien, pedagógicamente, se distanciaban sus explicaciones para que yo me responsabilizase más y más de la tarea investigadora. Lo más enjundioso de nuestros encuentros tenía lugar cuando él retomaba los temas y los enfocaba a su aire y a su modo. Este regalo no se daba todos los días; pero, cuando se daba, quedaba el camino expedito para reencuadrar todos los puntos imbricados en el asunto por él expuesto.

Larga fue la preparación de la tesis doctoral, porque a D. Ángel no le satisfacía cualquier cosa; no perdonaba quedasen lagunas sin rellenar, afirmaciones sin justificar, detalles sin perfilar. Conseguido su placet, había seguridad de que el tribunal daría su aprobación...

Conseguido el doctorado, se me autorizó a participar en el seminario preparatorio de oposición a cátedras. Si siempre era parco y respetuoso en sus intervenciones en esta nueva etapa lo era mucho más. Cada miembro del grupo preparatorio había de preparar y exponer los temas que se le asignasen y defenderlos de las preguntas formuladas por los compañeros. El profesor observaba y callaba; sólo intervenía si los ánimos se exaltaban o si el barco encallaba antes de llegar al puerto. Su aportación siempre directa, clarificadora y pacificadora... Asombraba el dominio de temática y de sí mismo, pues se limitaba a explicar el tema sin el menor intento de apabullar o de lucirse.

Si el cómo de su docencia era grato, el qué reconfortaba el espíritu. La argumentación fluía por sus labios con agilidad y tersura. Cualquier problema podía servir de punto de partida que, remontándose a las alturas del razonamiento metafísico, se desarrollase su pensamiento a conclusiones lógicas y transparentes. Más de una vez hemos contemplado con gozo cómo se detenía en desmenuzar las cuestiones metafísicas al estilo del recio pensamiento de santo Tomás y no sólo en la Metafísica o en el Teología Natural, como lo dejó patente en sus publicaciones, sino que lo conseguía con facilidad de Psicología de Historia o del quehacer cotidiano. Era como el maestro artesano de cantería que burilaba cada uno de los elementos de la construcción para después armarlos impecablemente según la estructura óptica de la mismos. Ofrece un bello paradigma de esta afirmación la tónica de su Teología Natural.

La vida nos lanzó por diferentes derroteros; mas siempre hubo, sobre todo en los primeros lustros, un punto de referencia que nos mantenía unidos, la persona de D. Ángel. Unas veces, sus escritos; otras, los encuentros esporádicos de Cursillos, Semanas, etc.; siempre, su cercanía personal, no sólo desde la cátedra sino también desde cualquier circunstancia en que le encontrásemos nos animaba la seguridad de su respuesta acogedora a cualquier problemática en que nos hallásemos. Con gozo podíamos repetir... «*Verum et ens convertuntur*»...

Detras del profesor, del amigo, del sabio... hay que descubrir al hombre. El tratado de nuestro metafísico sobre la "Filosofía de la Educación" no es tan sólo la elucubración sobre la materia a tratar; más bien me atrevo a describirla como el elenco autobiográfico de las categorías ético-metafísicas que alentaron el alma y la tarea vital del Dr. D. Ángel González Álvarez. El humus que late en esa y en otras de sus obras es la base inmanente que anima y define su personalidad de hombre de una sola pieza, de una sola actitud, de una sola palabra. D. Ángel es lo que es: un fino degustador y un humilde servidor con su vida, con su palabra y con su pluma de las vetas metafísicas del ser... Es el mismo en la cátedra, en el cargo de gobierno, en el eslabón de la vida familiar, en el abanico de la amistad, en la presencia y en la ausencia. El doctor no se contradice con el ciudadano de a pie. Me ha tocado estar no lejos de él en momentos difíciles: fallecimiento de seres queridos, orfandad de la viudez en edad joven y con niños pequeños, responsabilidad de la paternidad... Permítaseme una mención emocionada de la Sra. D<sup>a</sup> Dioni, tía de los huerfanitos y cuidadora dignísima del hogar, huérfano de calor maternal... Nuestro catedrático de metafísica en ningún momento pierde ni peso, ni aplomo, ni altura, ni cercanía. Nada altera, al menos hacia fuera, su pulso, ni su corazón. Diríamos que así como el ente, objeto de la metafísica, se realiza analógicamente en cada uno de los seres concretos de los cua-

les es abstraído, así también los auténticos metafísicos, D. Ángel lo es y de pura raza, saben extraer de sus categorías ontológico-noemáticas, luces, principios y energías que les avalan para saber estar en las mil y una incidencias de cada día y de cada circunstancia, no en vano enseñan con lógica que «Unum et ens convertuntur».

Como sacerdote, no puedo silenciar ciertos rasgos observados en el “creyente” que era este noble leonés de Magaz de Cepeda. He de avisar de antemano que era muy respetuoso y muy reservado en este aspecto; sin embargo, debo confesar que no he podido captar nada que me desalentase en mi ruta de consagrado; por el contrario, siempre salía de su lado con nuevos bríos para intentar seguir adelante. Mas de una vez pasó por mi mente la sospecha de que don Ángel y alguno de sus más íntimos colaboradores podían estar a un paso de hacer lo que había hecho su antecesor en el claustro Manuel García Morente. Si algo podía serle ajeno, sería que le catalogasen entre los que «dicunt et non faciunt», o, como se dice actualmente entre «los que creen, pero no practican»; por el contrario, su vida era exponente de sus creencias. Lo cabal es definirle con el profeta: «el justo vive de la fe». Esta vida de fe estaba tan fundida con su hombría de bien que a nadie que le conociese de cerca se le podía ocurrir el pensar que D. Ángel se prestase, sabiéndolo, a algo menos justo o decoroso; en cambio, todo el mundo sabíamos que las puertas y el corazón de este caballero estaba abierto a toda obra noble que pidiese su apoyo. Díganlo los centros de Enseñanza Media de León, públicos y privados. Con absoluta seguridad se puede aseverar que su conducta ha sido un bello exponente de que «bonum est diffusivum sui». Su gozo era ver crecer la vida a su lado. Con sublime efusión de padre responsable saboreaba que un hijo suyo ahondase en la fe y accediese a la cátedra de metafísica y que los otros triunfasen por distintos derroteros; el gozo le desbordaba cuando sus alumnos accedían y triunfaban en las oposiciones; con agilidad de joven perenne se movía para que los asuntos de quienes llegaban a su puerta saliesen adelante; mas, qué aguda pena le embargaba cuando alguno de sus allegados desertaba de las filas civiles o religiosas.

Cuanto antecede llevado con heroica y dignísima constancia ha suscitado en mi mente la siguiente pregunta: *D. Angel, ¿un hombre para los altares?* No lo sé; no soy experto en esta clase de problemas; pero, al oír que Adenauer, Gaudí, Robert Schuman, etc. pueden ser beatificados, se me ocurre pensar que también mi profesor podría recibir el mismo galardón. Su conducta como esposo, padre, viudo, como docente y hombre de gobierno; su sencillez, cuando el éxito rodeaba su gestión y su persona; su silencio cuando la maledicencia intentaba eclipsar su personalidad; su humanidad de caballero cristiano sabio y ejemplar sin fisuras; su prontitud para dar la cara por los valores del espíritu; etc., etc. han grabado en mi alma la seguridad firmísima de que durante muchos años he tratado con íntima cercanía a un hombre querido y distinguido por Dios con especiales signos de predilección.

La Providencia ha querido que el mismo día de su fallecimiento me tocase en suerte el tener que despedir hasta la eternidad al obispo y amigo que me llevó a misionar allende los mares... Seguro estoy de que en la otra ribera de la vida se abrazaron efusivamente.